



¿Cómo predicar?¹ *Humberto de Romanis, O.P.*

1.- ¿Qué dice la Palabra de Dios?

“¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿cómo creerán en aquel en quien no han oído? ¿cómo oirán sin que se les predique? y ¿cómo predicarán si no son enviados?” (Rom 10,14-15)

Bien parece que el Señor quiere de modo especial el ministerio de la predicación. Pues al momento de su partida postrera lo recomendó como cosa muy querida para sí: “Id al mundo entero y anunciad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15). [4.6.3]

2.- ¿Qué ayuda a predicar al predicador?

Lo que ayuda a predicar

- ◆ A bien predicar ayuda la tranquilidad, lejos de toda perturbación. La mente ofuscada no puede predicar.
- ◆ También ayuda el apropiarse de todo lo que en las ciencias seculares se ve que es útil para edificación de los oyentes, como hacen los que van a construir, que reúnen de distintos sitios lo que es útil para su edificio.
- ◆ Sirve de ayuda también el confirmar cuanto se dice por el testimonio de la Sagrada Escritura. Dice san Gregorio: “El que verdaderamente se dispone a predicar, ha de tomar de las Sagradas Letras la base de su argumentación”.
- ◆ Será de mucho provecho también orar por lo que se va a decir. En efecto, con la fuerza de la oración se hace más eficaz la predicación.
- ◆ Es importante de igual manera el pedir oraciones a otras personas.
- ◆ Para bien predicar ayuda el descanso. Pues así como la gente descansa de tanto en tanto de sus trabajos, para luego reemprenderlos con más vigor, así conviene que el predicador descanse alguna vez de su oficio, para que, recuperadas las fuerzas, pueda luego volver a él con empeño.
- ◆ Para este descanso es conveniente que el tiempo libre no se dedique sólo a no hacer nada; más bien es saludable que se ocupe en leer, estudiar, meditar, y cosas de esta clase, que luego sirven a la predicación.
- ◆ Ayuda a predicar bien el saber cuidarse del pecado que acecha la labor del predicador. “¿De qué sirve a un hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo?” (Mt 16, 26).
- ◆ También es útil para predicar la autoevaluación. El buen predicador, en efecto, debe volver a sí mismo después de hablar a otros, de la misma forma que el peregrino limpia y remienda sus sandalias cuando llega a la posada, para luego continuar mejor su camino.
- ◆ Para predicar es necesaria la santidad. Explica san Gregorio: “Más vale para predicar la constancia del amor santo que la mucha práctica en el hablar”.
- ◆ Saber callarse ayuda a predicar. [4.4]

3.- ¿Cómo es el predicador?

El predicador ha de serlo no sólo con la voz, sino con todo su ser.

El buen predicador sabe perseverar en su tarea. Pues así como la lluvia de un día de poco sirve para la tierra árida, si no continúa, así es de poca utilidad un solo sermón, o sólo unos pocos.

Es muy bueno que el predicador sea fervoroso en su oficio, como se dice de Apolo: “Llegó a Efeso un judío llamado Apolo... y hablaba con mucho entusiasmo, enseñando con gran exactitud la vida de Jesús” (Hch 18,24-25).

También conviene que diga siempre la verdad. Es bueno, sin embargo, que modere su tono al hablar, no sea que su rudeza llegue a ofender. [4.5.2]

4.- ¿Qué queremos predicar?

El predicador, cuando se dispone a predicar, primero debe ocuparse sobre lo que va a decir, para que sea útil, del mismo modo que aquel que invita a otros a su casa ha de pensar qué va a brindarles que sea bueno.

En segundo lugar, incluso lo útil ha de prepararlo con moderación, pues no suele ofrecerse a los invitados todo lo que hay en el mercado, aunque todo sea sabroso, sino sólo de lo mejor, y con moderación.

Tercero, tendrá que pensar el predicador en que lo que diga llegue a persuadir con eficacia, tal como suelen prepararse exquisitamente los alimentos para que se coman con más gusto y se asimilen mejor. [1.6.4]

5.- ¿Cómo hay que predicar?

Hay algunos que predicán muy de vez en cuando, y otros que están predicando siempre. Estos dos extremos son malos. Dice san Gregorio: “La predicación, si escasa, no es suficiente; si demasiada, poco se la aprecia”. Hay, pues, que predicar con mesura: la lluvia realmente útil no es ni escasa ni continua. [4.3.3]

Una familiar conversación es a menudo más fructuosa que un sermón general, esto por dos razones: primera, que en la conversación la persona se siente aludida en cuestiones que le atañen más de cerca, al modo como el médico habla al enfermo con más exactitud en la casa que lo haría en la Universidad.

La segunda causa es que las palabras de una conversación penetran con mayor facilidad, como flechas directamente disparadas a su objetivo. [7.3.1.3]

Muchas cosas habrán de tener en cuenta los predicadores que intentan edificar a otros en la conversación privada. Cuando toque hablar sobre Dios, atiéndase a no decir cualquier cosa en cualquier parte; sino sólo lo principal; lo que resulte claro, para ser bien entendidos; amable, para ser oídos con gusto; y útil, para también ser oportunos. [7.3.3.1]

De un modo, hay que hablar de los pecados de la gente, y de otro, de las cosas buenas que Dios les ha dado. De los pecados hay que hablar con compasión. De los dones divinos, en cambio, hablemos con gratitud. [4.3.4]

La predicación laudable consiste en esto: en que se prefiera predicar donde hay mayor necesidad. En efecto, ¿de qué sirve estar siempre predicando a los religiosos, a las religiosas y a la gente piadosa, que no necesita tanto, y dejar de lado a los que más necesitan? Por ello dice el Señor: “No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos” (Mt 9, 12). [4.5.1]

Es laudable también la predicación valiente, allí donde crece la maldad, pues dice san Gregorio en una de sus Homilias que “cuando crece la perversidad de los malvados, no sólo no hay que interrumpir la predicación: es menester fortalecerla”. [4.5.1]

6.- Conclusión

La mayor prueba de que alguien lleva verdaderamente a Dios en su corazón, es que habla de Él a menudo, y con gusto. Y es por esto por lo que quienes hablan con frecuencia del Señor suelen ser reconocidos como hombres buenos y santos. [7.3.1.4]